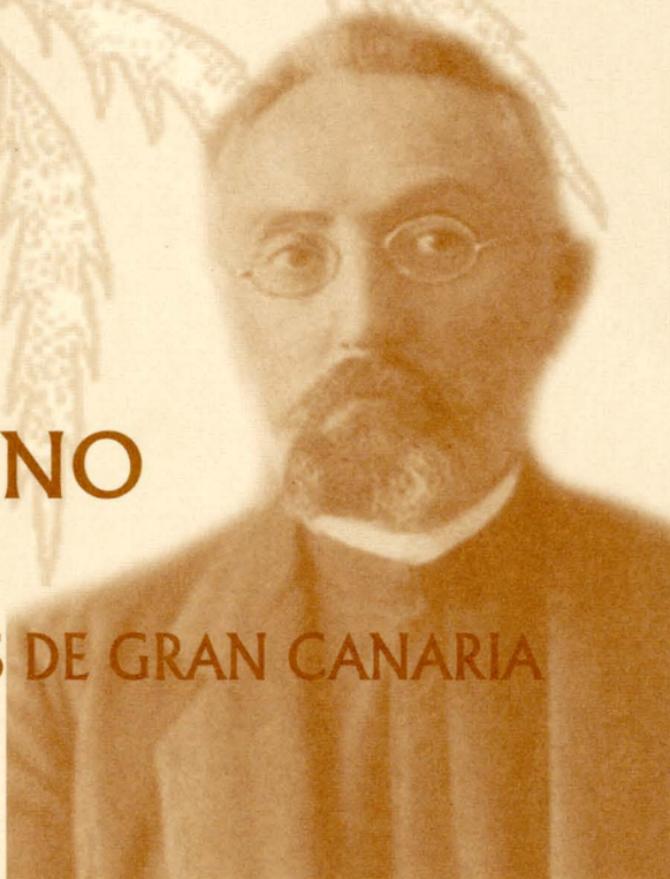


PASEO NOCTURNO POR LA VIEJA CIUDAD

Edición Extraordinaria
XXXVI Congreso RAECO

UNAMUNO Y LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



Ayuntamiento
de Las Palmas
de Gran Canaria

PASEO NOCTURNO POR LA VIEJA CIUDAD

Edición Extraordinaria
XXXVI Congreso RAECO

UNAMUNO Y LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



Ayuntamiento
de Las Palmas
de Gran Canaria

© por los textos: los autores.

© de la presente edición:

Fundación Universitaria de Las Palmas.

Fotos: Fedac y autores.

Coordinador del paseo y de la edición: Juan José Laforet.

Depósito Legal: G. C. 596 - 2010

Imprime: TEGRARTE, s.l. - Textos, Gráficos & Arte de Telde.

Tfn. 928 69 55 51 - La Herradura - Telde - Gran Canaria.

PROPÓSITOS EN EL PASEO

Jerónimo Saavedra Acevedo.

Alcalde de Las Palmas de Gran Canaria.

Los *Paseos Nocturnos* por la vieja ciudad se han convertido, año tras año, en una actividad esperada y seguida por cientos de habitantes, convencidos de que celebrar el aniversario fundacional de su ciudad es también rememorar muchos de los hechos y efemérides que jalonan su historia en el escenario real donde se dieron. Y con ello, la presencia de ciudadanos y ciudadanas de todos los tiempos, para los que recordar es revivir y añorar nuestras cosas, nuestras costumbres, nuestras tradiciones; y comprender mejor el pasado en el que se moldeó la ciudad que hoy vivimos. Igualmente, los *Paseos* se han instituido en uno de los elementos que más han llegado a caracterizar anualmente el programa de las fiestas fundacionales de la ciudad en el entorno de cada 24 de junio.

De forma extraordinaria, y con motivo de una oportunidad tan destacada y señalada para nuestra urbe, como es el XXXVI Congreso de la Real Asociación Española de Cronistas Oficiales, nos llega ahora una mayoría de los Cronistas

Oficiales de toda España, no sólo para debatir sus propios asuntos sino también para acercarse un poco más a la historia y a la realidad de esta ciudad que, a lo largo de sus cinco siglos, ha sido punto de encuentro atlántico entre culturas de tres continentes y cuyo devenir fue seguido en sus narraciones y textos por destacados cronistas de las islas y de fuera de ellas.

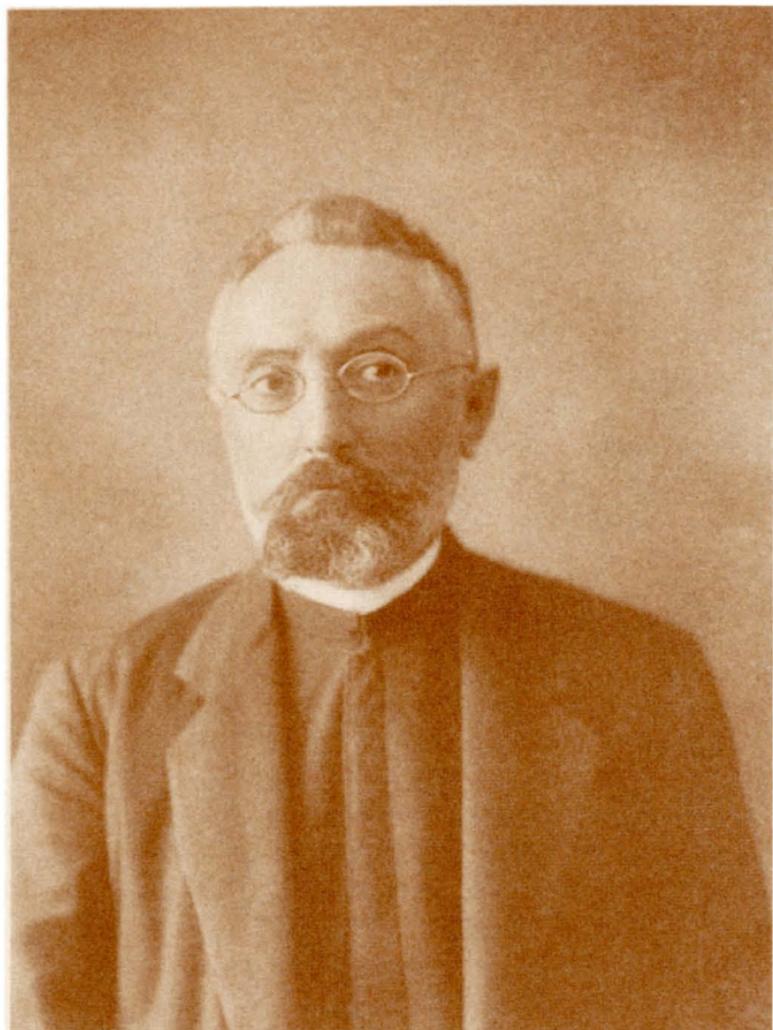
Desde el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, en común acuerdo con la Junta de Cronistas Oficiales de Canarias, se consideró que un *Paseo Nocturno* por la vieja ciudad, organizado de modo expreso para la ocasión, sería una buena forma de acercar a los cronistas que nos visitan a una parte de los escenarios histórico-artísticos de nuestro pasado, en los barrios fundacionales de Vegueta y Triana y, a la vez, a un episodio muy ilustrativo de la evolución cultural de ciudad, como fue lo acontecido en el marco de la primera visita a la ciudad del catedrático y rector de Salamanca, Miguel de Unamuno, hace ahora cien años. Una ciudad que, en aquel tiempo finisecular entre los siglos XIX y XX, contemplaba y se nutría de la presencia de artistas, escritores, intelectuales y científicos que llegaban en sus viajes atlánticos. Entre ellos baste recordar además del músico francés Camilo Saint Saëns, al pintor Eliseo Meifrén, a periodistas como Luis Morote o cantantes como Stagno ó Caruso,

El *Paseo Nocturno* por la vieja ciudad que se ha programado nos permitirá acercarnos a Miguel de Unamuno en su visita y sus encuentros, reflexiones y debates con otros intelectuales y literatos isleños; pero también a la ciudad que él conoció y que en esos momentos vivía un tiempo de enorme trascendencia para su desarrollo tanto en lo urbano y econó-

mico, con un gran puerto que sería ya ineludible en las comunicaciones intercontinentales atlánticas, como en lo social y lo cultural.

Nuestro deseo: que este *Paseo Nocturno* extraordinario no sea sólo una buena oportunidad para profundizar en nuevos aspectos de la realidad histórica y cultural de nuestra ciudad, sino que se nos ofrezca para que todos juntos compartamos y disfrutemos de una historia urbana de la que somos herederos y nos pertenece. Asimismo, que se convierta en el marco más adecuado para dar nuestra bienvenida y más cálida acogida a todos los Cronistas Oficiales de España que nos visitan con motivo del XXXVI Congreso de la RAECO.

PASEO NOCTURNO POR LA VIEJA CIUDAD



Don Miguel de Unamuno y Jugo (1864-1936), mantenedor de los Juegos Florales de Las Palmas en 1910. (Foto Ojeda)

PREFACIO

Manuel Campos Gómez.

Presidente de la
Fundación Universitaria de Las Palmas

La Fundación Canaria Universitaria de Las Palmas, consciente de que su labor también debe tener una vertiente de acercamiento a aquellos eventos culturales e institucionales, que por su significado tienen una trascendencia destacada tanto para la propia comunidad universitaria, como para la sociedad canaria en general, no ha querido dejar de sumarse y arropar de alguna manera la celebración en Canarias, en concreto en Las Palmas de Gran Canaria y posteriormente en San Cristóbal de La Laguna, del XXXVI Congreso de la Real Asociación Española de Cronistas Oficiales, coordinada su organización por la Junta de Cronistas Oficiales de Canarias.

No sólo valoramos la presencia en las islas de un amplísimo número de los más prestigiosos cronistas oficiales de toda España, que tendrán la oportunidad de acercarse y conocer de forma más precisa el ser y el sentir, la historia y el presente, de esta tierra canaria, que sabrán trasladar a los lectores y a las crónicas de sus respectivas comunidades y lugares de procedencia, sino que con la carga inmensa de trabajos de inves-

tigación que traen y presentan en este congreso constituyen además una valiosa aportación intelectual que todos sabremos valorar, especialmente cuando esta cita se sustenta en la celebración del centenario de la primera visita del catedrático y Rector de la Universidad de Salamanca D. Miguel de Unamuno, cuyo paso por Gran Canaria fue indiscutiblemente fecundo para la historia insular.

También desde la Fundación Canaria Universitaria de Las Palmas nos sumamos a la propuesta de ofrecerles a los señores cronistas oficiales, y con ellos al público de Las Palmas de Gran Canaria, con una especial invitación a los estudiantes universitarios, un Paseo Nocturno extraordinario dedicado a «Unamuno y Las Palmas de Gran Canaria», como una magnífica fórmula para acercarlos a la realidad del rico patrimonio histórico, artístico e intelectual que se atesora en las calles, plazas, edificios y monumentos de los barrios fundacionales de la capital grancanaria.

Es por todo ello que la Fundación, de forma excepcional, ha comprendido que era importante respaldar esta iniciativa única y puntual, ofreciendo su apoyo para que el resultado de este Paseo Nocturno extraordinario pudiera ser recogido en esta publicación que es ya tradicional e ineludible a todos los Paseos Nocturnos por la «Vieja Ciudad», y fuera de alguna forma crónica de la visita de los cronistas oficiales de toda España a Las Palmas de Gran Canaria.

LOS CÍRCULO DE LA GLORIA.

De la tertulia de los *hermanos Millares* y otros cenáculos

Agustín Millares Cantero.

Las tertulias de toda índole gozaron en el Archipiélago de una amplia tradición. Sobre todo al implantarse el régimen liberal, la política isleña en sus más altos niveles giró en torno a las mismas y los partidos no fueron, con la excepción del *Sexenio democrático* y hasta bien entrado el siglo XX, otra cosa que tertulias de notables. Salvo en el paréntesis de 1868-1873, hasta el republicanismo ofrece esa dimensión elitista tras irrumpir en la sociedad isleña como una corriente urbana de proyección artesanal, aunque haya revestido los atributos de tendencia regida por las clases medias y no por el bloque nobiliario-alto burgués, hegemónico entre los monárquicos. Los cabecillas de cada parcialidad acostumbraban rodearse de sus principales acólitos en sus mismas residencias, pero también era frecuente recurrir a establecimientos profesionales de cierto renombre. A juicio del doctor Chil, los grupúsculos políticos de Las Palmas se concentraron durante el *Trienio constitucional* (1820-1823) alrededor de tres boticas: en la del maltés Luis Vernetta los seguidores del absolutismo; en la del tinerfeño

Manuel López de Villavicencio los liberales moderados; y en la del cordobés Manuel Sigler y Cerrillo los liberales exaltados.

La aportación de estas camarillas, reclutadas mayormente entre sectores de la burguesía culta, llegó a ser tanto o más importante que las tenidas de las logias masónicas (como la de los Comendadores del Teide en Tenerife) o los conciliábulos de las sociedades secretas para la génesis y consolidación del liberalismo insular. Avanzado el Novecientos y sin salir de Las Palmas, una de las tertulias políticas más célebres actuó en la sastrería de Manuel Milán y Milán en la Plaza de la Democracia (hoy de Hurtado de Mendoza), apodada *El Milanésado* y de la que tanto oí hablar a mi abuela materna Magdalena Navarro Wood. Igualmente las redacciones de los periódicos sirvieron de puntos comunes de encuentro para afiliados y simpatizantes, alcanzando además las barberías un gran predicamento en este orden, particularmente dentro de los republicanos. La de un tal maestro Román en La Isleta, entre las calles Ferrera y Luján Pérez, acabó transformándose en caja de resonancia del modesto anticlericalismo palmense después de la I Guerra Mundial.

Unas estimaciones de más altos vuelos se han dado en nuestra región a las tertulias intelectuales, receptáculos que contribuyeron poderosamente a incorporarla a los pulsos sucesivos de la cultura europea. El movimiento de las ideas circuló a través de estos coloquios minoritarios en donde se hablaba de literatura, de arte, de historia y demás, sin excluir por supuesto la charla política. Suele mentarse como primer jalón de esta horma la Tertulia del Huerto de San Francisco, que hacia 1580 tuvo por anfitrión al poeta Bartolomé Cairasco de Figueroa. Agrupada en el jardín de su domicilio, donde radicó al fin la Plaza a la que dio nombre, fueron habituales de la misma las lumbres de la intelectualidad canaria de los siglos

XVI y XVII, ya se trate de fray Alonso de Espinosa, Antonio de Viana o Gonzalo Argote de Molina. Por ella pasaron asimismo ilustres visitantes, bien el dramaturgo y poeta sevillano Juan de la Cueva o el ingeniero cremonés Leonardo Torriani.

La tertulia intelectual de superior relieve y la que marcó una pauta a seguir en épocas posteriores fue, sin embargo, la reunida en La Laguna a partir de 1760 por Tomás de Nava Grimón y Porlier, V marqués de Villanueva del Prado. Epicentro de la Ilustración isleña, la Tertulia de Nava alentó multitud de iniciativas, dentro o fuera de los conductos de las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País. Desde la cardinal figura de José de Viera y Clavijo hasta un Cristóbal del Hoyo Solórzano, marqués de San Andrés y vizconde de Buen Paso, o el cosmopolitismo de un Agustín de Béthencourt y Molina, el palacete de los Nava acogió a lo más granado de la cultura isleña y nos incorporó al reformismo de Las Luces. Sus apuestas enciclopédicas, sustentadas por las lecturas de libros europeos (bastantes de ellos prohibidos), tuvieron continuidad a través de las heterogéneas labores emprendidas por el primogénito del inspirador y heredero del título, el jovellanista Alonso de Nava Grimón y Benítez de Lugo.

Bajo el amparo de la Económica o del Seminario Conciliar, al que renovó el obispo Tavira, las idénticas actitudes que fraguaron en Las Palmas recibieron el concurso del mismo Viera, arcediano de Fuerteventura. A partir del primer tercio del XIX brotó la tertulia del letrado Bartolomé Martínez de Escobar, yerno del escultor Luján Pérez, quien con su hermano José había formado parte de la homónima liberal moderada del boticario López de Villavicencio. En adelante creó la suya en la vivienda familiar, destacándose entre los asistentes regulares el doctoral, ex diputado a Cortes y poeta Graciliano Afonso y Navarro. Al plantel de aquellos eruditos se unió la destacada

prole del mentor, los hermanos Emiliano, Teófilo y Amaranto Martínez de Escobar y Luján, religiosos abonados a la heterodoxia los dos primeros y republicano y masón el último. El trío ofreció cobertura a las inquietudes del joven facultativo Gregorio Chil y Naranjo y asumió por fin destacadas funciones en la gestación del Museo Canario en 1879.

Otro círculo político-intelectual de la primera mitad del Ochocientos en Las Palmas nació de los llamados *niños de La Laguna*, recién licenciados por la Universidad Literaria de San Fernando a quienes iban a conducir el abogado Antonio López Botas, el profesor Juan Evangelista Doreste y el médico Domingo José Navarro y Pastrana. La más sobresaliente de sus iniciativas será la constitución en marzo de 1844 del Gabinete Literario de Fomento y Recreo, expresión primitiva de un nuevo asociacionismo del que emergió el Colegio de San Agustín, la Sociedad Filarmónica o la Sociedad de Seguros Mutuos, germen de la primera Caja de Ahorros y Monte de Piedad. El predominio en dicha institución de la familia moderada del Partido Canario, con la protección ante todo de los terratenientes Cristóbal del Castillo y Manrique de Lara y el IV conde de la Vega Grande, Agustín del Castillo y Béthencourt, provocó tardíamente la reacción de los progresistas que condujo en junio de 1859 a la apertura de la entidad de instrucción y recreo La Unión. Ya al mediar los años sesenta nos encontramos con la brillante tertulia, de igual forma inspirada por el progresismo, que congregó en su casa el pintor Manuel de León y Falcón, donde cultivaron sus gustos por las artes o las letras noveles valores como el doctor Chil.

Las agrupaciones culturales o recreativas cobraron un gran empuje a raíz de la Revolución de septiembre de 1868, desplegando unas labores que por vez primera atendieron a los oficios artesanales tanto en Santa Cruz de Tenerife como

en Las Palmas. En esta última población rivalizaron dos sociedades promocionadas desde el antagonismo de sus taifas políticas: la republicana del Liceo, erigida por el novel Partido Republicano Federal de Eufemiano Jurado Domínguez, en la Alameda de Colón; y la monárquica constitucional de la Tertulia, baluarte del Partido Bombero de López Botas, en una esquina de las calles Triana y Perdomo. Ambos organismos tuvieron sus programas de bailes, sus ciclos de conferencias y sus cuadros de actores aficionados para la representación de obras teatrales y zarzuelas. Las técnicas de movilización de la ciudadanía en régimen de sufragio universal masculino, esbozadas por el expresado Partido Bombero y otros gremios monárquicos (entidades de socorro mutuo y centros docentes para la militancia), alcanzaron mayor dinamismo. Espacios de sociabilidad como el Casino Republicano dieron entrada a unas clases populares sistemáticamente excluidas de los quehaceres políticos. Las Juventudes Republicanas contribuyeron a difundir las ideas democráticas entre significativas parcelas de la mocedad. Así y todo, semejantes despliegues quedaron a lo sumo restringidos a las ciudades y en consecuencia no afectaron a las estructuras caciquiles, ni siquiera tras el 11 de febrero de 1873.

Estas asociaciones siguieron en pie en 1874, durante la República autoritaria del duque de la Torre. Aparte del Gabinete, presidido por Felipe Massieu y Falcón, permanecen la Tertulia de Pedro Bravo de Laguna y Joven, el Casino Republicano de Eufemiano Jurado y El Progreso de Francisco Alemán. La Restauración borbónica cortó u obstaculizó en un principio la vida de dichas colectividades, de las cuales sólo pudo mantenerse la más veterana. Fue especialmente tras la crisis de 1898 y la irrupción del regeneracionismo de la *gente nueva* cuando resurgieron con vigor y se articularon fuera del casco

histórico de la ciudad, en los barrios periféricos de *los riscos* y en la conurbación que llegaría hasta el pueblo-hongo de La Isleta. El novedoso republicanismo que lideró Franchy y Roca estimuló este proceso expansivo mediante centros de barriada. A partir del Círculo Republicano Federal de Triana, entre mayo y noviembre de 1904 fueron inauguradas cuatro entidades: la Juventud de Arenales, la Fraternidad de San Bernardo, la Tertulia de San José y el Círculo Instructivo Obrero del Puerto de La Luz. En julio de 1910 aparecerá la Unión Republicana Federal de La Luz y Santa Catalina, sede del Colegio Pi y Margall.

La proliferación de sociedades en la zona del Puerto de La Luz fue en particular muy expresiva de la ruptura con los moldes tradicionales, que habían centralizado los focos asociativos en Vegueta y Triana. Estas flamantes corporaciones acometieron muy pronto una diversidad de actos, dando pruebas de su laboriosidad y energía. No es casual que haya sido precisamente la entidad isletera El Recreo, con Salvador Pérez Medina en la presidencia, la que convocara los Juegos Florales de 1910, desplegando unos quehaceres que otrora hubieran correspondido al Gabinete Literario. El Recreo obtuvo gran popularidad, según señaló el notario Agustín Millares Cubas, por sus atractivos bailes y por haber representado *El abuelo* de Pérez Galdós y *La Intrusa* de Maeterlinck. Los foros abiertos al público, pese a su condición privada, no acabaron empero con el protagonismo de los recintos familiares en la dinámica urbe. Si hubo grupos culturales como el de Los Doce, que prodigaron sus actividades por una gran variedad de auditorios, otros siguieron adscritos a ejes familiares y localizados en la intimidad doméstica. La Tertulia de los Hermanos Millares respondió a la persistencia de semejantes patrones.

Sus precedentes directos podríamos situarlos en los afanes del polifacético Agustín Millares Torres, historiador,

músico, periodista y novelista, quien aglutinó en la sala de su hogar del Callejón de La Gloria a otro de aquellos enraizados corrichos. Al terminar sus carreras en Barcelona a finales de 1883, sus hijos Luis y Agustín Millares Cubas, doctor en Medicina el primero y licenciado en Derecho y en Filosofía y Letras el segundo, contribuyeron a darle más arraigo y trascendencia. En el estrado principal de dicha sala se construyó un tabladillo donde fueron representadas zarzuelas del progenitor, uno de los artífices e iniciales directores de la Orquesta Filarmónica. Las crónicas de Francisco Morales en el periódico *El Liberal* y los testimonios del propio Millares Torres en sus *Notas y recuerdos*, dan cumplida noticia de estas representaciones y conciertos, añadiéndose a continuación la puesta en escena de obras teatrales.

El cenáculo burgués de la Tertulia de los Millares supuso en realidad una ampliación de tales líneas y su auténtica alma sería el médico Luis y no el ya notario Agustín, un hombre bastante introvertido y sin las dotes mundanas de su hermano. Al respecto hemos de precisar que el caserón de Luis Millares Cubas en la calle Sal Ildefonso, comprado a los herederos de Tomás Cardoso, no fue únicamente la sede de reuniones literarias y artísticas. La política interesó muchísimo al fundador de la actual clínica de San Roque, hasta tal punto que perteneció a la fracción de los *ruanistas* o *paúles* del Partido Liberal de León y Castillo, encabezada por su colega Vicente Ruano y Urquía y cobijo de los antiguos republicanos posibilistas de Emilio Castelar. La ruptura del ala *franciscana* del «Gran Partido», producida por la escisión de los *locales* o *locos*, aupó a Ruano a la presidencia de la junta liberal entre abril de 1902 y diciembre de 1907, cuando las tensiones con los *agustinos* reportaron su destitución. Es evidente que, siendo una personalidad pública tan ligada a un segmento de la rectoría leonista,

el doctor Millares Cubas utilizó también las citas culturales con un norte político.

De todas maneras, se ha señalado con fundamento que en la mansión de *papá Luis*, como se le conocía entre sus allegados, dominaban tres cometidos fundamentales: la tertulia propiamente dicha, escorada sobre todo hacia la literatura, las audiciones musicales y el «Teatrillo», precursor del «Teatro Mínimo» que en Las Canteras impulsó el pariente Claudio de la Torre Millares. Los primeros pasos de aquel se dieron igualmente en dicha Playa durante el verano de 1908, mas concluida la temporada estival prosiguió su andadura en el famoso asiento. Allí se levantó un escenario que descansaba sobre camastros del cuartel de Artillería de La Isleta, cedidos por dos tenientes amigos. Las piezas de los Hermanos Millares se alternaron en el «Teatrillo» con producciones dramáticas o cómicas muy diversas, que iban desde Ibsen a los hermanos Álvarez Quintero. Todo lo mejor de la cultura grancanaria pasó por estas entrañables veladas que tenían lugar semanal o bisemanalmente: los poetas Tomás Morales, Alonso Quesada, Saulo Torón, Fernando González y Luis Doreste Silva; el pintor Néstor; el maestro Valle; el pianista Cástor Gómez y un largo etcétera. También desfilaron por estos encuentros los más ilustres visitantes del período: René Verneau, Camilo Saint-Saëns, Salvador Rueda, Luis Morote y, sobre todo, Miguel de Unamuno.

Las valoraciones acerca de esta especie de sanedrín de la cultura que hicieron sus coetáneos son casi por unanimidad laudatorias. Hasta el venidero charlista del fascismo español, Federico García Sanchiz, en su polémico volumen *Nuevo descubrimiento de Canarias. Las leyendas y los peligros que tienen estas islas*, tuvo que rendirse en 1910 ante aquel «hogar de espíritus», como lo definió Unamuno, aunque lo hiciese

con sospechosa retórica: «es aquella amorosa casa, copia fiel y aún enaltecida de los palacetes italianos del Renacimiento con una semejable corte de poetas, hidalgos y espirituales damas ingeniosas. Denuncio al respeto de los artistas —sigue argumentando el autor— el parnasillo de Luis Millares Cubas, médico, escritor y músico, jefe de una academia sin almidón, patriarca de los escasos aguiluchos que se proponen emigrar, modelo de varón ilustre y humilde». El problema a propósito es que hubo por este Archipiélago varias pseudo-academias muy almidonadas, que proporcionaron muy pocas calorías y cuyas malas digestiones se relacionaron mayormente con los rifirrafes entre jerarcas locales de campanario. Al margen de estos contenciosos, la representación de *La herencia de Araus* y la publicación de los cinco cuadros dramáticos y un monólogo de *Teatrillo* en 1903, dieron a los Hermanos Millares suficientes bazas para escribir y representar el *teatro de ideas*; en contra de quienes, como Francisco González Díaz o Antonio Zerolo, negaron la teatralidad de la última obra.

Los espacios de sociabilidad en los medios urbanos y rurales consignaron muy frecuentemente las pugnas entre banderías caciquiles. En Arrecife, donde tanto predominó el «fulanismo» o «la política pequeña» denunciada en 1903 por el escritor Francisco González Díaz, tales divisiones afectaron a las tres instituciones recreativas y culturales existentes: el Círculo de Amigos de los leonistas, La Democracia de los conservadores y ex republicanos y el Casino Principal de los *locos* o disidentes liberales del Partido Local Canario, que eran en verdad clubes políticos donde reinaban las exclusiones recíprocas. Desde el arranque del reinado de Alfonso XIII, en Arucas hubo confrontación entre los bandos de los leonistas *históricos* o «amigos» del opulento empresario Francisco Gourié Marrero y los denominados Jóvenes Turcos, que acaudillaba

el homólogo menor Juan Ponce Castellano. La sociabilidad burguesa exhibió aquí, de igual modo, las tirrias de las peñas rivales: frente a la sociedad El Liceo que monopolizaban los devotos de León y Castillo, la facción discordante de la Joven Turquía montó El Progreso, entidad que recibiría los encendidos elogios del periodista Luis Morote Greus en su obra *La tierra de los guanartemes*. Los motes de *aliadófilos* y *germanófilos*, en plena Gran Guerra y hasta después de su terminación, cubrieron los insignificantes distingos que oponían a grupos de notables en varias demarcaciones, a semejanza de los que con anterioridad identificaron a *rusos* y *japoneses* en la política herreña.

Algunos municipios dieron cabida a las extrañas figuras de los caciques ilustrados, capaces de articular a su mayor gloria las actividades de recreo con las culturales en general y especialmente con las artísticas o literarias. El artífice del santuario del Huerto de las Flores en Agaete, el cacique y multifundista Francisco de Armas Merino (con nueve fincas de casi 96 hectáreas conjuntas de terreno en la jurisdicción), fue fundador y primer presidente de la Sociedad La Luz en junio de 1907 y ocupó la alcaldía del término en distintas oportunidades; la última, desde septiembre de 1910 hasta enero de 1912. Su cuñado y auxiliar caciquil Graciliano Ramos Medina (dueño de 29 predios con una cabida global de 55 hectáreas en el distrito), la desempeñó entre 1916-1923, luego de acompañar al expresado colega en la primera tenencia de alcalde y mientras laboró al unísono de consejero del Cabildo por Guía. Ambos agentes leonistas, propietarios de aguas en los Heredamientos del Caidero y Fuente del Álamo o de La Solana y Berrazales y pioneros aquí en la explotación de los baños curativos, serían fieles colaboradores del gran terrateniente y «aguateniente» Francisco Manrique de Lara y Manrique de

Lara, rector liberal y uno de los más típicos modelos del binomio riqueza-poder en las Canarias Orientales de la Restauración.

Después del voraz y enigmático incendio de las casas consistoriales de Agaete en el verano de 1910, buena excusa con que justificar en adelante la falta de informes para la tributación al fisco, los caballeros De Armas y Ramos mostrarían un especial empeño en conferir la plaza de médico titular del municipio al poeta Tomás Morales Castellanos (la ejerció hasta marzo de 1919), el cual terminó por contraer matrimonio con una hija del segundo, Leonor Ramos de Armas, en enero de 1914. El autor de *Las Rosas de Hércules*, ya en el Huerto de las Flores o en su propio domicilio, fomentó el espíritu tertuliano amparándose, entre otras, en las personalidades de Alonso Quesada, Saulo Torón, los hermanos Néstor y Claudio Martín Fernández de la Torre, Rafael Cabrera, Nicolás Massieu o Luis Doreste Silva, secretario de León y Castillo en la embajada española de París. Igualmente tuvo improntas ligadas al caciquismo la posterior Sociedad de Cultura y Recreo Liceo de Firgas, instituida en junio de 1932 bajo la presidencia del rico industrial Domingo González Arencibia, uno de los mayores socios de la rúbrica Aguas Minerales de Firgas desde agosto de 1930.

Al margen de esta escora caciquil, las tertulias brindaron una notable aportación los principales movimientos literarios y artísticos que fraguaron al margen del sistema canovista. En el entorno del republicano Luis Rodríguez Figueroa brotó la revista *Castalia* (1917) de Santa Cruz de Tenerife, otro de los sillares para los vínculos de nuestra mejor intelectualidad. Y las vanguardias tuvieron una expresión primeriza en *La Rosa de los Vientos* (1927-1928), bajo la guía del corro agrupado alrededor de Juan Manuel Trujillo y Agustín Espinosa. Las tardías irradiaciones madrileñas del Café Pombo, plataforma de

Ramón Gómez de la Serna, influyeron sobre el propio Trujillo y tendrán después sus reflejos en las aventuras de la *Colección para treinta bibliófilos* o los *Cuadernos de poesía y crítica* (1944-1946). Durante la Segunda República, cuando las formas de sociabilidad de carácter público alcanzaron mayor dimensión, sobrevino el importante tributo surrealista de *Gaceta de Arte* (1932-1936), unido a los nombres de Eduardo Westerdahl, Domingo Pérez Minik, Pedro García Cabrera, Domingo López Torres, Óscar Pestana Ramos, Emeterio Gutiérrez Albelo y el citado Espinosa.

La dictadura franquista redujo considerablemente las posibilidades de incidencia social que las tertulias brindaban, pero no acabó con su impronta. Aquellas laboras, igual que en la primera Restauración borbónica, quedaron en parte limitadas al terreno de las minorías selectas y sólo en contadas oportunidades traspasaron el carácter elitista que el régimen impuso. Los casos de las tertulias palmenses de los Cafés Moderno y Suizo, del Monopol o del Neo-Teo, ante todo nos remiten a estos horizontes marcados por la privacidad o las funciones inocuas que permitieron las autoridades. Sin embargo, además de las señaladas iniciativas que animó Juan Manuel Trujillo, nos encontramos con exponentes de cierta combatividad ligados a la resistencia democrática. Uno de ellos será el del Teatro Insular de Cámara de los hermanos Lezcano, capítulo fundamental en la historia de nuestra renovación escénica. Antes de implantarse en el Club Victoria, el grupo Latitud 28 de los hermanos Gallardo Navarro debutó en la Escuela Luján Pérez en 1963 gracias a la efímera cobertura brindada por Felo Monzón Grau-Bassas y Mario Pons Cabral. Los soplos tertulianos, en este como en otros prototipos, se fusionan con una militancia cada vez más activa que, casi por entero, acopló el Partido Comunista de España.

A propósito, voy a terminar refiriéndome a unas tertulias que marcaron mi niñez y acerca de las cuales poco se ha escrito a estas alturas. Me refiero a las desarrolladas en el que fue por entonces domicilio de mis padres, el poeta Agustín Millares Sall y su esposa Magdalena Cantero Navarro, sito en la calle Secretario Artilles, número 92, del municipio de Las Palmas de Gran Canaria. Las reuniones que en el Casablanca del Parque de Santa Catalina habían forjado diversas colecciones años atrás, promotoras desde la célebre *Antología cercada* (1947) hasta el colofón de *Planas de Poesía* (1949-1951), tuvieron continuidad en el salón de esta casa donde la literatura y el arte fraternizaron con la política. Allí tomó cuerpo el grupo de Teatro y Poesía del Gabinete Literario, organizador entre otras faenas del valeroso homenaje a Antonio Machado en el XX aniversario de su óbito. En ese mismo 1959, frente al «asesinato legal» de Juan García Suárez, *El Corredera*, se convirtió tal domicilio, según palabras de Manuel Padorno, en «el cuartel general» de los desesperados intentos para salvar su vida. Al año siguiente fue el punto donde el colectivo literario La Cometa de Radio Atlántico grabó por norma sus emisiones, hasta que la monográfica destinada a César Vallejo desató otra vez las típicas providencias represoras. La voz de aquellas tertulias, desbordando con mucho la secuencia familiar, representó un hito en la brega por la libertad y la justicia.

PASEO NOCTURNO POR LA VIEJA CIUDAD



Plano de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria y de ensanche del Puerto de La Luz en 1910, por el arquitecto Fernando Navarro.



LA CIUDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA QUE ACOGIÓ A D. MIGUEL DE UNAMUNO EN 1910 Y 1924

Cristóbal García del Rosario.

Catedrático de Historia.

Presidente de la *Escuela Luján Pérez*

Invitado por la Sociedad cívica denominada «El Recreo», para ejercer de Mantenedor de los primeros Juegos Florales que celebraba esta Ciudad, se desplazó desde Salamanca, el Rector de su Universidad y ya consagrado «sabio» de la España de su tiempo D. Miguel de Unamuno. Aquel evento poético tenía lugar a comienzos del verano de 1910, ya finalizando la Primavera, prolongándose su estancia durante un mes. Años más tarde, volvería D. Miguel a Las Palmas de G.C., el 3 de marzo de 1924, pero como estación de paso, donde permanecerá 8 días, para dirigirse a su confinamiento en Fuerteventura decretado por la Dictadura de Primo de Ribera, donde permanecerá 4 meses.

Las estancias de Unamuno en Canarias (Tenerife, Gran Canaria y Fuerteventura), donde desplegó una fructífera actividad, dejaron una huella imborrable por su influencia y clarividencia, por la valoración de nuestro patrimonio paisajístico y análisis del papel geoestratégico del archipiélago, por la inteligencia y penetración con la que describió las características diferenciadoras de Canarias, derivadas de su personalidad geológica, geográfica, climática, económica, histórica, política y cultural. Pero además,

Unamuno vino a conocer el particular carácter y la idiosincrasia de los canarios, sus carencias, defectos y virtudes, atizando los ánimos de aquella sociedad cuando les dice: «A estas gentes les hace falta, como les he dicho en público, interesarse más por los grandes problemas nacionales, europeos, mundiales, lo cual les desinteresaría de sus pequeños problemas insulares, de sus rivalidades de isla a isla».

Esta ciudad de Las Palmas de G. C. que tanta admiración tuvo por el genial escritor, pensador polémico y despertador de conciencias, le invitó, le acogió y le recordará siempre porque su nombre ha quedado unido a nuestra mejor generación literaria y cultural, la que formaron el crítico y fundador de la Escuela Luján Pérez, Domingo Doreste («Fray Lesco»), la «máxima expresión de la «Generación del 98» en Canarias», según Rumeu de Armas, los poetas Tomás Morales, Alonso Quesada, Julian y Saulo Torón, Domingo Rivero, los «Hermanos Millares», Luis y Agustín, que tan agradables veladas le hicieron pasar a D. Miguel en el «Teatrillo» de su casa de Vegueta, el abogado y político Jose Franchy y Roca, el publicista Arturo Sarmiento Salón, el catedrático y pedagogo palmero Adolfo Cabrera Pinto o el pintor Néstor de la Torre, entre otros.

El medio urbano que conformaba esta Ciudad en el primer cuarto del Siglo XX, estuvo sometido a un crecimiento continuado que se ha hecho progresivo hasta el día de hoy. Cuando Unamuno durmió por primera vez en Las Palmas de G.C., la población de la Ciudad era de unos 62.000 habitantes, en 1924, en su segunda visita, alcanzaba los 75.000 habitantes y en 1975, cincuenta años después, ya tiene prácticamente la misma población que hoy, en torno a los 380.000 habitantes. Este crecimiento demográfico va unido al desarrollo de un conjunto de grandes proyectos económicos y urbanos: iniciación de la ciudad portuaria, exportación de frutos perocederos de temporada (plátanos, toma-

tes, hortícolas,...), industrias tabaqueras, de salazones, alimenticias, o libertad comercial. La electrificación, la ordenación urbana y las comunicaciones rápidas al Puerto y al resto de la isla han facilitado el citado crecimiento humano.

Pero la Ciudad que vió Unamuno fue la que nos dejaron aquellos antepasados que la fundaron un 24 de junio de 1478, hacía entonces 432 años, cuando desembarcaron en la Bahía de Las Isletas, sobre las mismas aguas y arenas que conoció el Almirante de la Mar Oceana, Cristóbal Colón, las tres veces que estuvo aquí en su gesta inolvidable. La Ciudad nace en tiempos de los Reyes Católicos, años antes de iniciarse la Conquista del Reino Nazarita de Granada. Será incorporada oficialmente en 1487 por Provisión Real, a la Corona de Castilla, que la irá dotando con Instituciones propias, de acuerdo con un conjunto de Reales Cédulas a lo largo del Antiguo Régimen: Cabildo o Ayuntamiento por Real Cédula de Privilegio de 1494 y que constituye el Fuero Real de Gran Canaria, Real Audiencia de Canarias por R.C. de Carlos I en 1526, Ordenanzas del Consejo de Gran Canaria en 1532, Capitán General en 1589, y así hasta 134 documentos entre Provisiones y Cédulas Reales, que afortunadamente se conservan, conformando el conocido como «Libro Rojo de Gran Canaria» que se salvó, por pura casualidad, del incendio de 1842, habido en las «Viejas Casas Consistoriales» construidas a principios del S. XVI, en un estilo gótico tardío.

Este conjunto de Privilegios ha permitido, que Gran Canaria y todas las Islas Canarias, hayan tenido un «fuero» histórico y por tanto un instrumento legal de diferenciación, tanto en las relaciones comerciales exteriores como en el Régimen Administrativo Insular, existiendo, por mor de la configuración geográfica, una identificación entre Región Natural y Región Histórica, entre Isla y Cabildo, de tal manera que hasta la llegada de la Constitución de 1812 prácticamente sólo existía el Ayuntamiento o Cabildo

de la capital, que lo era para toda la isla. Es por ello, por lo que en esta tierra existen ciertas singularidades que no se dan en la Península y que es necesario dar a conocer y comprender por el resto de los españoles. Una de esas singularidades fue la base del Régimen de Puertos Francos decretado por Bravo Murillo en 1852 que dotaba a las islas de un sistema Económico-Fiscal de libre-comercio, quedando las recaudaciones para las haciendas locales. El aumento de tráfico marítimo que generó tal medida, propició la necesidad de la construcción de la magna obra del Puerto de La Luz, iniciada en 1883, gracias al Ministro canario del Gobierno de Sagasta, Fernando de León y Castillo. Franquicias y puerto han constituido los dos pilares de la ciudad comercial y cosmopolita que despegaba con fuerza durante los años en que Unamuno la conoció.

Junto a estas Instituciones civiles de carácter Administrativo, Judicial y Económico, hemos de citar las de carácter religioso: Obispado desde el momento fundacional, Catedral iniciada en el 1500, Tribunal de la Inquisición entre 1503 y 1812, seis conventos en la Ciudad hasta 1837, Seminario Conciliar desde 1777, amén de las numerosas parroquias y ermitas en las que domina el mudéjar, que conforman el cofre donde se encierran los archivos de nuestro poblamiento y obras de arte góticas, renacentistas, manieristas barrocas, neoclásicas y de las numerosas corrientes surgidas en los siglos XIX y XX, destacando por su valor particular las colecciones de Arte Flamenco e Hispanoamericano, el conjunto de retablos barrocos e imaginería del más insigne artista canario: Jose Luján Pérez (1756-1815).

Ha sido este Patrimonio Institucional de carácter intangible el que, junto a una red de Asociaciones Culturales cívicas creadas a partir de 1840: Gabinete Literario y Sociedad Filarmónica en 1844, Círculo Mercantil en 1878, El Museo Canario en 1879, Real Club Náutico y Real Club Victoria a principios del siglo XX, y

un largo etcétera, ha hecho posible la vertebración humana y social del aluvión de inmigrantes que han conformado el censo de la Ciudad. Familias de todas las Regiones hispanas, colonias de ingleses, flamencos, franceses, italianos, moriscos norteafricanos, etc., y descendientes de aborígenes han convivido en plena integración generando un mestizaje humano y cultural que hacen de la tolerancia y la hospitalidad características de nuestra idiosincrasia. Cairasco de Figueroa, que nos acompaña en efigie en esta Plaza, nació en 1538, fruto de ese mestizaje entre castellano, italiano y aborigen. Podría ser un símbolo de la canariedad.

Del año 1588 procede el primer plano urbano que se realizó de Las Palmas, levantado por el ingeniero Leonardo Torriani. En este plano, los barrios de Vegueta y Triana han sufrido muy pocas modificaciones, siendo por tanto, la trama urbana, de gran valor patrimonial, ya que nos ofrece una Ciudad de transición entre el medievalismo que se agota y el renacentismo emergente, visibles comparando las Plazas de San Antonio Abad y de Sta. Ana. Este plano representa el casco histórico donde D. Miguel pasó sus días de Las Palmas. Se hospedó, en 1910, en el Hotel Continental, construido sobre el solar donde estuvo ubicado el convento más grande de la Ciudad, el de las monjas de San Bernardo, en pleno centro del Barrio de Triana. Llegar hasta la casa de los Hermanos Millares, en Vegueta, le obligaba a recorrer todo el casco antiguo, pasar por esta Plaza de Cairasco y Alameda de Colón cuyos monumentos las presiden, atravesar el barranco Guinguada (palabra aborigen que significa «agua al nivel del mar»), pasando por el desaparecido Puente de Piedra que mandara construir el ilustrado Obispo Verdugo, en 1810, primero y único canario que ha tenido esta silla episcopal, llegar a la Plaza de Sta. Ana, la más antigua plaza renacentista de España, enmarcada al Este por la hermosa Catedral, de fachadas Neoclásicas, que envuelve un interior gótico donde se aprecian influencias manuelinas e isabelinas en las

sogas y bolas que decoran los anillos de las columnas, simulación de palmeras canarias en las nervaduras que se forman a partir del capitel de cada columna para formar los tramos de bóvedas y un aire de iglesia-salón con sus tres naves a la misma altura, sin olvidar el «patio de los naranjos» y detalles que le relacionan con edificaciones de la Baja Andalucía. En la misma plaza de Sta. Ana, pudo contemplar idéntico panorama al que existe hoy, ya que las fachadas del Palacio Episcopal y Casa Regental al Norte, las Casas Consistoriales al Oeste y la Casa de Viera y Clavijo (hoy Archivo Histórico Provincial) y otras de carácter doméstico culto al Sur no se han alterado. Siguiendo su paseo pudo contemplar la casa donde vivió el Dr. Chil y que en 1910 lo habitaba aún su viuda, hasta que ya en la década de 1920 pasaría a ser sede de El Museo Canario, Sociedad Científica que encierran el mayor legado de nuestro pasado (antropología y arqueología aborigen de carácter cromagnon y neolítico), archivos diversos entre los que destaca el de la Inquisición, Bibliotecas Canaria y General con gran riqueza de Ediciones Príncipe e Incunables y la más completa Hemeroteca Canaria, todo ello donado a partir del patriotismo altruista e ilustrado de la intelectualidad isleña. Este Museo lo visitó Unamuno acompañado de los Hermanos Millares cuando, todavía en 1910, estuvo ubicado en los altos de las Casas Consistoriales y su Presidente era Agustín Millares. Sabemos que en Vegueta visitó en 1924, la «Escuela de Arte Luján Pérez», en la calle García Tello, acompañado de «Fray Lesco», y situada muy cerca de la Plaza de Santo Domingo.

Nuestro paseo imaginario con D. Miguel recorre calles y plazas llenas de sabor canario, donde los balcones de tea y los portalones de sus fachadas enmarcados en cantería azul de fonolitas volcánicas, dejan entrever hermosos y acogedores patios empedrados acogen flores, palmeras y enredaderas que generan un permanente contacto con la naturaleza. Plazas del Espí-

ritu Santo con su templete-fuente, de Sto. Domingo, cuyo sabor colonial nos acerca a Hispanoamérica, de San Agustín a la que dan la Audiencia Territorial y la Iglesia Matriz con su fachada Neoclásica, las armoniosas calles del Dr. Chil, Castillo, López Botas, Reyes Católicos o Mendizábal donde se encuentra el Mercado, el Matadero y la Pescadería, o los viejos solares convertidos en Plazas donde se asentaron, en su día, la desaparecida Catedral Vieja y el Campamento desde donde se hizo fuerte el fundador Juan Rejón en 1478. Las plazas de San Antón, donde la tradición dice que en su ermita «oró Colón» y del Pilar Nuevo a la que da la Neoclásica fachada posterior de la Catedral, desde la que nace, la severa calle de los Balcones, residencia de familias aristocráticas, de gran riqueza arquitectónica.

El Barrio de Triana, también queda unido al de Vegueta por el «Puente de Palo» hoy desaparecido, al igual que el «de Piedra» ya citado. La comercial y modernista calle de Triana, comienza al Sur con el Teatro, entonces denominado «Tirso de Molina», y hoy «Pérez Galdós», cuyas obras se iniciaron en 1879, según planos del manchego F. Jareño y Alarcón. Aquí Unamuno pronunció su discurso de Mantenedor de los Juegos Florales, y termina, en el extremo Norte, con el Palacio del Gobierno Militar, inaugurado en 1896, que ennoblece el Parque de San Telmo, antiguo solar de la Cofradía de Mareantes y explanada del primer Muelle que conoció la Ciudad, desaparecido en la década de 1960, cuando se construyó la actual Avenida Marítima, que ocultó todo el perfil de costa de la Ciudad que mira al levante, donde se asentaban baluartes y castillos que, junto con las demolidas murallas, dieron paso a la actual calle Bravo Murillo donde terminaba la Ciudad y que daban a la misma un carácter fortificado. Aún quedan cuatro fortalezas, las cuales pudo ver D. Miguel, siendo la más emblemática la del Castillo de «La Luz» cuyas primeras pie-

dras se colocaron en 1493, siendo así el más antiguo de los edificios que conserva la Ciudad.

D. Miguel entró en Las Palmas por el Parque de Sta. Catalina, extremo norte de la Ciudad, que se adentra en el istmo de La Isleta, a donde llegaba el tranvía, que atravesando las desérticas dunas y vegas de Los Arenales por la carretera general, hoy calle León y Castillo, se alcanzaba Vegueta, después de dejar atrás la calle de Triana. El recorrido, de unos cinco kilómetros, estaba atendido también por típicas tartanas que eran frecuentes en nuestras vías hasta hace pocos años. Esta parte de la Ciudad, entre el casco antiguo y el Puerto de La Luz, se comenzó a urbanizar en la década de 1920. Sobre ella ha surgido la «Ciudad Jardín», haciendo desaparecer dunas y huertas, delimitándose desde entonces las playas, y arrebatando al mar amplias superficies para el Puerto y para la nueva «Ciudad del Mar».

Todo este crecimiento, ya lo observó Unamuno y lo dejó insinuado por escrito en su artículo «La Gran Canaria», de «Por tierras de Portugal y de España», escribiendo al comienzo del mismo: «Esta ciudad de Las Palmas, poco, muy poco tiene de interés para los que vamos buscando emociones que nos aren por dentro del espíritu. Ha crecido mucho, se ha ensanchado, se ha embellecido según entienden la belleza los comerciantes y los turistas por aburrimiento, tiene un puerto magnífico. Todo está muy bien, sin duda». D. Miguel confesó que sus amores estaban en Bilbao donde había nacido, y en Salamanca, donde muere, y desde donde canta a Castilla y a España entera, con su aguda perspicacia y culta palabra creadora de belleza y llena de espiritualidad. Pocas veces, en tan pocas páginas, un visitante de Canarias ha dejado plasmadas por escrito tantas verdades y descripciones de la estética oculta de nuestra tierra que los naturales hemos descubierto a través de su pluma de Cronista de España.

GALDÓS UNAMUNO

NOTAS PARA UN PASEO NOCTURNO ANTE SU CASA MUSEO

Yolanda Arencibia.

Catedrática Emérita.

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Benito Pérez Galdós, nacido en este lugar en 1843, dio el salto personal a Madrid en 186: terminado su bachillerato, formado, ilusionado. En Madrid transcurrió su vida, con estancias dilatadas en Santander y no pocos viajes por España y Europa; viajes a su tierra también, en los primeros años madrileños y en el 94, a los cincuenta y uno de su edad. Su trayectoria exterior e íntima lo llevó armónicamente desde el periodismo, al proyecto histórico de los *Episodios Nacionales*, a la reinención artística la sociedad de su tiempo en la amplitud de sus novelas, a la proyección desde la escena teatral de modelos metafóricos éticos y estéticos, y a comprometerse en la política activa entre 1907 y 1914. Sin abandonar la fidelidad al arte literario, siempre se sintió un testigo y un ideólogo que cree en el poder pedagógico-social de la literatura. Fue Galdós tímido y poco hablador. No amó las tertulias, las discusiones airadas, los empecinamientos, los homenajes. Evitó siempre expresarse en público, discursar, hablar de sí mismo o expresar públicamente sus afectos. Desde ese exterior tranquilo y reservado fue hombre de claros ideales éticos y estéticos y de fuertes y arraigadas convicciones que asumió sin traumas perso-

nales externos y que «capeó» sin estridencias. Se defendió de los ataques amainando la discrepancia mediante el humor y la distancia irónica que había aprendido en su tierra. Murió en Madrid en 1920, rodeado del calor popular.

Miguel de Unamuno y Jugo nació en Bilbao en 1864 (veinte años después), e igualmente marchó a Madrid tras su bachillerato. Enseguida destacó por la brillantez de sus estudios y por su polémica tesis doctoral sobre la lengua vasca. Pronto se sumergió en la tierra castellana tras la cátedra de griego que ocupa en Salamanca. En adelante, docencia intensiva, publicaciones importantes y viajes continuos por España desde su voluntad de agitador de conciencias y su prestigio de intelectual destacado y de discursador rompedor y sorpresivo: responsabilidades universitarias, protagonismos políticos, destierro breve (1924) en la soledad tranquila de Fuerteventura, exilio voluntario en Francia... Regresa a Salamanca convertido en símbolo social y político: problemas íntimos, diatribas, ilusiones y desencantos. Desolación final. Muere el último día de 1936, rodeado de tensiones. Tan locuaz con la palabra como con la pluma, ha dejado don Miguel una obra literaria atractiva, controvertida, amplia: artículos, novelas, poesía y teatro; ensayos y diarios de palpitante atractivo; siempre con alumbramientos de genialidad; siempre pensamiento y filosofía; y con presencia constante, casi exhibicionista de su personalidad compleja y contradictoria de gran egotista. Fue hombre profundamente atractivo por singular, por su temperamento ardiente y apasionado, agónico, contradictorio. Torturado y torturante. Provocador. Inquieto; expuesto siempre a múltiples crisis personales y a angustiosas inquietudes que le trajeron enfrentamientos y guerrillas personales y sociales. Se hizo notar en todo momento. No fue indiferente a nadie.

Hubieron de coincidir don Benito y don Miguel en Madrid: una misma época histórica, una misma preocupación social,

un mismo contexto cultural. Fueron ambos personalidades prestigiosas y reconocidas en su tiempo: inevitable fue el conocimiento mutuo directo. Indudable fue el respeto y la admiración que por el vasco sintió siempre Galdós de quien constan varios elogios y ninguna opinión en contra. Por parte de Unamuno, la consideración hacia Galdós fue fluctuante: devoción apasionada primero (la prueba, en el epistolario), reticencia tímida soterrada y contradictoria después (materializada en el prólogo a *Tres novelas ejemplares y un prologo*, de 1920), y discrepancia rotunda tras la muerte del escritor (discurso en el homenaje póstumo de 1920 y artículos de 1924). Volvió don Miguel a Galdós «aprendiendo a conocerlo» durante su estancia en Fuerteventura (prueba: carta a don Ramón Castañeyra), aunque nunca lo reconoció públicamente.

Compartieron Galdós y Unamuno puntos de vista conceptuales sobre aspectos que se relacionan con la escritura literaria: el sentido de la Historia, que Galdós alumbró como *historia integral* y Unamuno nominó como *intrahistoria*; la relevancia del diálogo novelesco como vía de indagación directa en las conciencias, de confrontación con el otro, con el lector o con la conciencia propia; el alcance de la metaficción como estrategia de superación del realismo que suscribió Galdós para *El amigo Manso* (1882) y Unamuno para *Niebla* (1914).

Coincidieron ambos, más allá de las estéticas y de los cánones literarios, en la intención, la profundidad y la amplitud de sus miradas: el canario Galdós, se asomó a Madrid, a España, con sus ojos jóvenes, limpios, porosos, y halló un mundo ancho y ajeno que le sorprendió, le interesó y le subyugó. Desde esos ojos distantes, «alongado» sobre esa nueva realidad, pudo verla y apreciarla mejor: observarla, pensarla, comprenderla, explicarla y metaforizarla. Unamuno se asomó a la Gran Canaria en 1910 con los mismos ojos distantes que Galdós llevó a la Península; pero ahora maduros de saberes, recios de seguridad vascuence y cas-

tellana, y vívidos del espíritu inquieto e inquietador que le caracterizó; y, aunque no era del todo nuevo para él, aquí halló un mundo interesante por distinto, un mundo pequeño encerrado entre lejanía y mar. Desde su privilegiada lejanía, fustigó defectos sociales, revolvió espíritus, encauzó vocaciones, admiró paisajes y rincones siempre desde la distancia de su reflexión y en contraposición a otros más propios. Años más tarde, el destierro fuerteventuroso le permitió redescubrir, *afilesosofándolo*, el paisaje de la isla: la belleza oculta de lo rural y lo pequeño; de lo descarnado; los símbolos del léxico, la profundidad de las fonéticas. Siempre son descubridores los capaces de tener ojos interesados; pasionales, ajenos y amplios. En este caso, Galdós y Unamuno, uno desde Canarias y otro hacia Canarias.

Conmemoramos este 2010 la estancia de don Miguel entre nosotros: casi un mes e invitado por la intelectualidad canaria representada en nombres concretos. En ella, conferencias, agasajos sociales y amistosos, excursiones por la isla... Se nos escapó sin embargo una estancia similar de Galdós, dieciséis años antes, en 1894. Volvía a su tierra y nadie tenía que invitarlo. No tuvo la suerte de encontrar espíritus tan selectos como los que en 1910 agasajaron a Unamuno; pero sí que fue recibido con honores de excelencia y despedido con escolta de barquillas engalanadas y banda de música. Se sustrajo a toda exhibición. Quiso y logró que le dejaran andar a sus anchas, recorrer los lugares de su infancia, pasear por los campos. Redescubriría el atractivo fonético de los canarismos nunca alejados de su habla habitual, la familiar y aún literaria.

Coincidieron Galdós y Unamuno además en algo que no por anecdótico deja de ser interesante: el anatema de algunos representantes de la iglesia (en Bilbao a Unamuno; en Las Palmas a Galdós), y en un enemigo común para quien ambos fueron «bestias negras»: el obispo de Canarias don Antonio Pildain y Zapiáin, un vasco antiguo diputado de la minoría vasco Navarra en las

Cortes constituyentes de la República. Es posible que las convicciones personales de don Antonio se vieran espoleadas por la cruzada antigaldosiana de un sector de la clerecía grancanaria que había intentado abortar la inauguración (septiembre de 1930) del monumento a don Benito encargado en 1920 a Victorio Macho por el Ayuntamiento que se levantaba en la explanada del muelle de Las Palmas. Tuvo ocasión don Antonio de demostrar ese parecer contrario a don Benito con ocasión de la propuesta de apertura de la Casa Museo Pérez Galdós y su inauguración final (de 1959 a 1964).

La hoguera pildaniana respecto a Unamuno es más reducida en llamas pero no menos violenta. No le fue bien a don Miguel con la iglesia vasca, como sabemos, dada su proverbial «agonía» en las cuestiones religiosas «casi un desgarramiento trágico», los continuos desahogos del escritor al respecto y el marco teológico desde el que fue juzgada su metafísica. Pero fue la condena de don Antonio Pildain y Zapain, la más contundente. Halló expresión en la carta pastoral «D. Miguel de Unamuno, hereje máximo y maestro de herejes», publicada en el Boletín Oficial de la Diócesis en septiembre de 1953, en la que se extraen de distintas obras de Unamuno cuarenta y cinco tesis heréticas «tan apriorísticas como audaces» y que surgió a raíz de la iniciativa de la Universidad de Salamanca de celebrar el VII centenario de su fundación mediante la inauguración de la Casa-Museo de su nombre. Pildain ataca el asunto en la pastoral aludida fundamentándose en lo que llama «la traición de los intelectuales» que se concreta en «valerse del pensamiento para atacar el orden religioso (...) descatoquizando y desespiritualizando».

Don Miguel de Unamuno y don Benito Pérez Galdós, pues y a la postre, aunados en la misma hoguera que aventó un nombre concreto de obispo. Sorprendente. Considerándolo, ¿sonreirán ambos desde la lejanía? Tal vez sí y tal vez no.

Dos grandes creadores, pues, Galdós y Unamuno, de temperamentos muy opuestos, entrecruzadas algunas líneas de su vida:..

Más afortunado, más temido, en su tiempo y en el próximo e inmediato Unamuno, que en la España franquista llegó a ser un símbolo con posibilidades de verse apropiado por los dos bandos y cuya continua y expresada «agonía» religiosa cazaba bien con unos y con otros; que, junto a la llamada «generación del 98» ha sido objeto de estudio en todos los planes de estudios que han formado a nuestros docentes de hoy: lectura «obligatoria» en ellos, y, de ahí, conocimiento. Menos afortunado Galdós, sobre quien cayó en vida la losa de la disidencia política-religiosa y a su muerte la más dura del rechazo de sus hijos (especialmente algunos de los que se confesaron sus amigos y le pidieron favores), de la inquina de un trasnochado religiosismo o la miopía interesada de algunos intelectuales. En consecuencia, persecución soterrada o silencio cómplice, y su encasillamiento como autor del realismo decimonónico, sin más, excluido de los programas docentes de todas las categorías. Es sin embargo hoy el autor más leído, más publicado hoy de su generación; de la siguiente y de la siguiente.

Benito Pérez Galdós- Miguel de Unamuno: ambos afortunadamente vivos. Nadie los desconoce hoy. Ninguna persona verdaderamente culta ha dejado de leerlos.

Dos grandes escritores para estudiarlos admirarnos y para enorgullecernos.

UNAMUNO: ALGUNAS CIRCUNSTANCIAS DEL PRIMER VIAJE A CANARIAS (1910)

José Antonio Luján Henríquez.

Cronista Oficial de Artenara.

Coordinador del proyecto Unamuno en
Canarias. 100 Años de Historia.

El primer viaje de Unamuno a Canarias realizado en 1910 estuvo jalonado de algunas circunstancias en las que pivotan las esencias de su contenido y cuya interpretación ha sido abordada por diversos estudiosos en sus variadas vertientes: la política y la poética, el paisaje y la amistad, el aislamiento y el cosmopolitismo; la significación de su influencia en creadores y artistas de nuestro ámbito cultural. Recogemos, en síntesis, la crónica que rodea el viaje del ilustre visitante, en unas pinceladas que nos acercan a los escenarios físicos y a los vínculos humanos por los que transitó don Miguel durante aquella visita y que participan más de la anécdota que de la explicación o hermenéutica.

SALAMANCA, ENERO DE 1909.- Año y medio antes de realizar el viaje a Canarias, don Miguel de Unamuno tuvo información de las islas a través de Domingo Doreste Rodríguez (Fray Lesco) y de Juan Rivero del Castillo, entonces estudiantes de leyes en la Universidad de Salamanca. Doreste era colaborador del «Diario de Las Palmas» y justamente el 31 de enero de 1909 publica en la «Revista de Municipios» de Madrid un amplio comentario en el que se recoge la entrevista con el rector salmantino, en la que

abordan cuestiones tales como el desconocimiento de Canarias que en aquel momento existe en la Península, la división provincial, el concepto de ciudad como ente aglutinador de nacionalismo e identidad y una aproximación a la polarización isleña: «Santa Cruz es una población oficial y Las Palmas centro de vida comercial», concluía entonces don Miguel, así como la disquisición entre colonia y provincia. Unamuno inicia, pues, el acopio de información ante la invitación cursada por la Sociedad «El Recreo» para desplazarse a Canarias como mantenedor de los Juegos Florales que habrían de celebrarse en Las Palmas.

JUNIO DE 1910. EL VIAJE A CANARIAS.- Unamuno salió de Salamanca e hizo el trayecto en tren hasta Cádiz. Atrás dejó a su mujer y a su numerosa prole. Tal vez este alejamiento temporal podría llegar a trastornar los planes habituales del Rector; sin embargo, él lo vive como una nueva exploración de su conocimiento, como una visita a un lugar exótico porque quiere saber cómo se respira en las islas. Con estos pensamientos embarcó en Cádiz, en el moderno trasatlántico «Reina Victoria», y apoyado en la barandilla del buque renueva la experiencia del mar en el camino que lo lleva a las Afortunadas.

20 DE JUNIO EN TENERIFE.- El buque atracó en el Puerto de Santa Cruz de Tenerife. Al pie de la escalerilla fue recibido por algunos entusiastas de la cultura local como Diego Crossa e Ildefonso Maffiotte, que serían sus acompañantes durante su estancia en la isla. Al siguiente día, después de desayunar en la Plaza de la Constitución, iniciaron la excursión que los llevó a La Laguna. Antes de llegar a la ciudad de los Adelantados, se detuvieron un instante frente a la casa donde vivió el poeta y político canario Nicolás Estévez y le entregaron un ejemplar de su largo poema «Canarias», del que Unamuno leyó unos versos cogidos al azar: «*Mi patria no es el mundo, / mi patria no es Europa, / mi patria no es España, / mi patria es una choza, / mi patria es de un*

almendro / la dulce, fresca, inolvidable sombra.» Un breve comentario se le escapó entonces a don Miguel: «pobre del hombre que sólo tenga por patria la sombra de un almendro, porque entonces acabará por ahorcarse en él». Siguieron ascendiendo por la carretera y, tras atravesar La Laguna, llegaron a las planicies de Tacoronte. En La Laguna, Unamuno admiró el sosiego y el silencio de sus calles largas, largas como el ensueño... y sus casas con ventanas de celosía y verodes en los tejados... y el trazado urbano de esta ciudad colonial. Almorzaron y luego tomaron el té en el patio del romántico Hotel Aguiere, frente al Teatro Leal, en la misma calle de La Carrera. Don Miguel no paró de hablar y de indagar sobre el entorno. Quería conocer el alma de las islas. Hablaron de Canarias, de la política nacional, de literatura... Los cicerones isleños, «Crossita» y Maffiotte, eran todo oídos ante las palabras sabias del rector. Al caer la tarde, regresaron a Santa Cruz. El buque estaba a punto de zarpar rumbo a Las Palmas.

22 DE JUNIO, EN GRAN CANARIA.- Don José Franchy y Roca, abogado y político local, ha formado una pequeña tertulia en la redacción de *El Tribuno*, periódico que él mismo dirige. La ciudad estaba bulliciosa. En La Alameda colgaban banderolas y lucían farolillos por las fiestas de San Juan. Y en el Teatro, con mucho trajín, se preparaban los primeros Juegos Florales. A primera hora de la mañana, a bordo del trasatlántico «Reina Victoria», llegó don Miguel de Unamuno a la isla. En el Puerto lo esperaba un grupo de personajes locales constituido por miembros de «El Recreo», con su presidente Rafael S. Pérez a la cabeza, además del poeta Alonso Quesada y el joven Manuel Macías Casanova, un aprendiz de crítico y periodista que se colaba en los ambientes culturales de la ciudad. La comitiva se dirigió al Hotel Continental, en la Plaza de San Bernardo del barrio de Triana, lugar de hospedaje del insigne literato durante su estancia en Gran Canaria. El Hotel formaba parte de una incipiente red de hostelería que se fue

estableciendo en la ciudad ante la llegada del turismo europeo. Los conserjes con librea y los camareros uniformados, con lucimiento de pajarita, se deshacían en cumplidos ante los visitantes.

Al Rector, a quien han nombrado mantenedor de la ceremonia del Teatro, apenas lo dejaban descansar. En pocas horas ha tenido tiempo de subir por la carretera del Centro, llegar hasta San Mateo y expandir su mirada por los paisajes de la isla interior. En la redacción de *El Tribuno* no se hablaba de otra cosa: de quiénes recibirán los premios y, sobre todo, de qué tratará el discurso de Unamuno. En la conversación de media tarde se cruzaban los nombres de Domingo Doreste, Juan Rivero, Luis y Agustín Millares, Francisco González Díaz, Arturo Sarmiento, Manuel Macías Casanova... Se llegó a comentar que Tomás Morales, el ganador de la flor natural, no podrá estar presente porque todavía se hallaba en Madrid con los exámenes de fin de carrera. Su poema *El bronce de la raza*, grandilocuente y marcado en alejandrinos, resaltaba el tono de la sonoridad modernista.

Unamuno pasaba gran parte de las horas en el Hotel. Su cuarto daba a un jardín que con sus cactus y sus plátanos, con su gigantesco laurel de Indias ponían una nota exótica. Leía, escribía y daba los últimos retoques a su discurso. A veces, se acercaban al viejo profesor unos niños, entre los que destacaba Domingué Padrón, para que les hiciera unas figuritas de papel. Alguien los habría dirigido a sabiendas de que el filósofo era un experto en papiroflexia, es decir, en cortar y doblar papeles con los que hacía figuras de diverso tipo: pájaros, pingüinos, sombreros, barcos. Parecía raro que un hombre serio, dedicado a escribir libros y a dar clases en la Universidad, ocupase su tiempo en estas cosas infantiles. Por eso, Domingué Padrón, a pesar de su corta edad y que confesó que quería ser capitán de barco, no dudó en preguntárselo:

—Y usted, señor, ¿por qué hace estas cosas que parecen de niños?

—Es que las cosas no son de niños ni de adultos, sino de todos. Y esto es una manera de crear; al igual que Dios creó el mundo, yo estoy creando de la nada, de un simple papel, un pingüino como el que ahora tengo en la mano.

—Sí, es verdad, pero no tiene vida como los pingüinos que hace Dios.

—Pero es un pingüino desde el momento en que nosotros, tú y yo, lo podemos llamar pingüino.

—Es verdad, señor.

—Es que las cosas existen desde el momento en que tenemos palabras para llamarlas. Dime Dominguito, ¿es o no es un pingüino?

—Yo creo que sí. Para mí es el pingüino más bonito que he visto en mi vida.

—Fíjate, Dominguito, es como en una fotografía. En una fotografía de tu familia, tú dices: «este es mi padre», y lo señalas con el dedo. Pero allí no está tu padre y, sin embargo, tú dices que está y nadie te lo puede negar.

—Es verdad, don Miguel, usted es muy sabio.

—Es que nosotros, los hombres, los poetas, los escritores creamos personajes con el pensamiento y con las palabras, y eso nos hace ser como pequeños dioses.

—¿Usted me podría hacer una pajarita de papel para llevársela a mi hermana y poder explicarle todo lo que usted me ha dicho?

Don Miguel, con los habilidosos dedos de sus manos, redobla en un momento una hoja de papel que había recortado de su cuaderno y se la extiende diciendo:

—Tómala, ya está hecha.

TERTULIA EN VEGUETA. Cuando entraba la tarde, don Miguel de Unamuno asistía a la tertulia en la casa de don Luis Millares, a empaparse de la vida provinciana de Las Palmas. Vegueta es un barrio que sestea en su arquitectura de piedra y el reloj de la torre de la Catedral marca el paso del tiempo.

—Por fin esta tarde he terminado mi discurso- dijo don Miguel. He de confesarles que no he venido a halagarlos. He venido a provocar, a alborotar el cotarro, a remover las conciencias... y a dejar, si puedo, una pequeña estela de agitación en la juventud...

—No se preocupe, don Miguel, casi deseáramos que nos sorprendiera en el propio teatro. Nosotros somos liberales, somos tolerantes, y ni qué decir tiene que usted es el dueño de sus palabras...

—Lo que sí percibo es un interés por la poesía, por el conocimiento del mundo, por las ciencias. Aquí en Las Palmas, a tenor de lo que estoy viviendo, veo una profunda inquietud por las cosas del espíritu.

—Nuestra familia se ha caracterizado por abrirse al exterior. Mi padre es notario, y aquí, en este teatrillo, solemos representar alguna obra de autores extranjeros y alguna de nuestra propia cosecha. Es una forma de estar en contacto con el mundo de la creación. Nosotros creemos que la cultura y la estética llevan aparejados el conocimiento. Y el conocimiento implica poder.

—Ya he leído las obras de su padre, Millares Torres, sobre la historia de las islas, y también la de Viera y Clavijo... Todo esto es un buen camino.

El ambiente de la tertulia era solemne, lleno de ideas y comentarios. El joven poeta Alonso Quesada se atreve a decir:

—Y usted, don Miguel, a nosotros, a los jóvenes poetas, ¿qué nos aconseja?

—Algo de esto también desarrollaré en mi discurso de los Juegos, querido Rafael. Pero, ahora, en resumen, yo les diría que hay que superar el estilo regionalista, hay que salir a mundos más amplios.

Mientras pasan las horas, en el fondo del patio, formando parte de la tertulia con los ojos abiertos y sus labios mudos, el tímido escritor Manuel Macías Casanova observa y escucha todo lo que allí se dice.

28 DE JUNIO, EXCURSIÓN POR GRAN CANARIA. El *Diario de Las Palmas* del lunes 27 de junio recogió en su primera página una amplia crónica del acto celebrado en el Teatro Pérez Galdós y que comienza así: «Con un éxito grande se han celebrado por primera vez en Las Palmas los Juegos Florales, la fiesta del amor y de la poesía que resucita en nosotros, en lo que tiene de más bello, la España medieval, con sus trovadores y sus copleros...»

Pero mientras la ciudad quedó sorprendida y dividida en opiniones debido a la intervención de Unamuno, en el patio que acogía la tertulia de los Millares, en pleno corazón de Vegueta, se había trazado la excursión al interior de la isla. Los allí presentes pusieron excusas para acompañarlo, excepto Manuel Macías Casanova, el silencioso escritor que no dudó ni un instante en ser el escudero del rector por el interior de Gran Canaria. Tal y como sugirió don Luis Millares y corroboró el periodista Francisco González Díaz, primero irían a Teror, donde pasarían la noche. Luego, muy de mañana, por el camino de Valleseco, subirían a las cumbres más altas de la Isla, y, bordeando la caldera de Tejeda, llegarían hasta el pueblo troglodita de Artenara, para regresar a Teror al final de la jornada. Al día siguiente, irían a Los Tilos de Moya, para que el viajero conociera aquel frondoso paisaje.

Pocos días más tarde, don Miguel se adentra en la isla. A lomos de un caballo sube a las cumbres. No había imaginado que

la isla encerrara estos paisajes tan sorprendentes. Habló con los transeúntes y las rocas se le quedaron petrificadas en su memoria. La retina de don Miguel se ha llenado de un mundo distinto. Todo el material de su observación, su charla con el paisaje, iba a formar parte del amplio artículo «La Gran Canaria», que el escritor vasco elaboraría meses más tarde. En Teror tertuló con el alcalde Manuel Acosta y el médico Antonio Yáñez; en Valleseco se refresca con un vaso de agua en la casa del médico Enrique Torrent, y en Artenara conversó durante el almuerzo en la tienda de Segismundo Bertrana, un catalán afincado en aquellas abruptas soledades desde hacía treinta años.

Ya de vuelta en la ciudad el Rector siguió con su actividad intelectual y reflexiva. Pronunció en mitin en el Circo Cuyás y ofreció un recital poético en el Teatro. El día anterior a su partida, el 18 de julio, estuvo en Los Hoyos (Monte Lentiscal) en la casa del poeta Domingo Rivero y en el Hotel Santa Brígida, sus conocidos y antiguos alumnos de Canarias en Salamanca le ofrecieron un almuerzo de despedida.

Santa Cruz de Tenerife, San Cristóbal de La Laguna, el Puerto de La Luz, el hotel Continental, Las Palmas, capital; Triana, Vegueta, el Teatro, el patio de los Millares, el Circo Cuyás, Teror, Valleseco, las Cumbres, Los Tilos de Moya, el Hotel Santa Brígida... Los Hoyos, el muelle... espacios con sus personajes en torno a la figura de don Miguel de Unamuno durante su primera visita a las islas.

UNAMUNO EN CANARIAS. 100 AÑOS DE HISTORIA. UNAMUNO EN LA POLÍTICA DE SU TIEMPO.

Francisco Reyes Reyes.

Presidente de la Sección 2ª del
Consejo Consultivo de Canarias.

Donde estamos, el día 6 de julio de 1910, Miguel de Unamuno asistió e intervino en el acto político organizado por el Partido Republicano Federal que se celebró en el Circo Cuyás, que era entonces un viejo tinglado de madera construido en este solar de la calle Viera y Clavijo.

La invitación a Miguel de Unamuno a ser mantenedor de los primeros Juegos Florales de Las Palmas que organizó la Sociedad El Recreo y que, a iniciativa o propuesta de Domingo Doreste, «Fray Lesco», había trasladado su Presidente y Director del periódico «Diario de Las Palmas», Salvador Pérez, era inicialmente para que este evento se celebrara antes del verano.

En la carta de 23 de febrero de 1910 Unamuno explica la imposibilidad que tenía de ausentarse de Salamanca en esa época del año y añade que en la primera quincena de abril serán acaso las elecciones generales y que en la de senadores no puede faltar de su puesto.

Efectivamente, meses antes Antonio Maura, forzado por los acontecimientos de la Semana Trágica en Cataluña, había dimitido el 21 de octubre de 1909. Se frustró entonces la iniciativa

legislativa en trámite en el Congreso de los Diputados sobre la Reforma del Régimen Local Español, eje de la política de descuaje del caciquismo emprendida por Maura en 1907 en su gobierno largo.

En las acaloradas y largas sesiones parlamentarias que se sucedieron durante casi dos años, desde la presentación en el Congreso del Proyecto de Ley reguladora de dicho Régimen Local el 7 de junio de 1907 y a partir que Maura lo defendiera en el debate a la totalidad el 7 de noviembre de ese año, los llamados problemas catalán y canario fueron objeto de particular atención. No obstante, la enconada disputa entre los representantes canarios en la Cámara quedó aplazada tras el fallecimiento el 17 de octubre de 1908 en su propio escaño del diputado por Las Palmas José Perojo, ardiente defensor de la división de la Provincia única. El día anterior había logrado que se aprobara una de sus enmiendas, que presentó junto a Pérez Galdós al artículo 276, referida a la división de la Comisión Provincial Permanente de la Diputación Provincial en dos secciones independientes con iguales atribuciones, como fórmula de transacción. En cambio, no pudo ver culminada su tarea en defensa de la enmienda, igualmente conjunta con Galdós, al artículo 282, que proponía un subgobierno para el grupo de las Canarias Orientales con sede en Las Palmas, ya que fue en ese trance cuando repentinamente murió.

Unamuno había tratado en febrero de 1908 el tema de las reivindicaciones regionales en dos artículos titulados «Sobre el problema catalán», pero siempre manifestó que no estaba especialmente interesado en el proyecto de reforma de la administración.

Maura fue sustituido en la Presidencia del Gobierno por Segismundo Moret, en cuyo gabinete ocupó la cartera de Hacienda el grancañario Juan Alvarado. El 15 de noviembre de 1909 se dictó el Real Decreto de descentralización administrativa, disponiéndose

para Canarias que el Gobernador residirá alternativamente y con igual proporción de tiempo en Santa Cruz de Tenerife y en Las Palmas. A causa de las protestas recibidas por esta solución, sin derogarse fueron suspendidos los efectos de la medida decretada hasta recabar audiencia sobre sus efectos, que tenía que tramitar el Gobernador.

El 9 de febrero de 1910 Canalejas substituyó a Moret al frente del gobierno, disolviendo las Cortes el 14 de abril, convocándose elecciones para mayo.

El 16 de abril de ese mismo año se dictó la Real Orden por la que se abrió información sobre la organización administrativa y electoral en Canarias.

El cuestionario enviado a las autoridades de Canarias planteaba, entre otras, las siguientes preguntas cuya respuesta se recabó para disipar las dudas que ofrecía al Gobierno el litigio entre las islas orientales y las occidentales:

1. Ventajas e inconvenientes del régimen actual en Canarias, en lo que se refiere a la organización administrativa y a la organización electoral.

2. En cuanto a la Organización administrativa:

a) Si cada una de las islas debe tener la personalidad necesaria, para resolver en su territorio los asuntos de carácter puramente insular, dentro del régimen común; determinación de estos asuntos.

b) Si sería preferible el sistema de agrupación de islas, y cual habría de ser ésta.

c) Organismos y autoridades que con tal objeto sería necesario establecer, su constitución, atribuciones y funcionamiento.

d) Relaciones de estos organismos con los Municipios y con la Diputación provincial.

e) Si convendría crear una autoridad gubernativa con jurisdicción en el territorio de la isla ó en el de la agrupación, para servir de órgano de comunicación con la provincia por medio del gobernador civil; carácter, atribuciones y categoría de estos funcionarios y puntos en que habrían de establecerse.

f) Procedimiento administrativo, reformas que se considere oportuno introducir en la legislación vigente por lo que se refiere á Canarias, recursos de alzada y contencioso-administrativo y procedimiento más conveniente para su tramitación y resolución.

El plazo otorgado para evacuar esta información concluía el 17 de julio de 1910 y coincidió en parte con el período electoral correspondiente a los comicios celebrados ese año para el Congreso y Senado. Dicho plazo fue prorrogado por el Gobierno a petición del Diputado por Santa Cruz de Tenerife Antonio Domínguez Afonso, en la sesión del Congreso celebrada el 16 de julio, un día antes del término del plazo, petición a la que accedió en Presidente del Consejo, José de Canalejas.

Canalejas había aprovechado antes, en la sesión del día 7 de julio, contestando a los diputados por Las Palmas, Leopoldo Matos y Luis Morote sobre la petición de alzamiento de la suspensión del señalado Real Decreto de 15 de noviembre de 1909, que fijó la capitalidad alternativa de seis meses entre Santa Cruz y Las Palmas, para mantener la situación provisional de statu quo existente, sobre la problemática de la organización administrativa de Canarias, con el compromiso de abordar y debatir en la Cámara íntegramente este problema y la solución que finalmente se proponga, resultante de la información recabada por el Gobierno.

Posteriormente, entre julio y diciembre de 1910 se completó la información abierta con el pronunciamiento de la Diputación Provincial, los Ayuntamientos, las Reales Sociedades de Amigos del País de Las Palmas y de La Laguna y de otras Instituciones, con amplio despliegue de atención y repercusión por parte de la prensa local.

Desde La Palma, Pedro Pérez Díaz, condensó las respuestas en el folleto titulado «El problema canario» en contestación al formulario. Y desde Fuerteventura, Manuel Velázquez Cabrera elaboró y presentó el trabajo «El plesbico de Lanzarote, Fuerteventura, Gomera y El Hierro».

La creación de los Cabildos Insulares en 1912 fue el fruto de todo ese movimiento, que ni fue pacífico ni siquiera alentador en sus orígenes, mientras se mantuvo el sistema de provincia única.

Precisamente ese era el ambiente ya de por sí caldeado en los meses previos a la llegada de Miguel de Unamuno a Canarias, que conviene tener en cuenta para entender las reacciones que suscitaron sus palabras en los discursos que pronunció.

La noche del 25 de junio de 1910 se celebraron los Juegos Florales en el Teatro Pérez Galdós, con el resultado conocido.

El discurso del mantenedor, Miguel de Unamuno, también tocó -y no precisamente a gusto de todos- el tema del problema canario que como señalé estaba entonces en un punto álgido y muy conflictivo, con posicionamientos encontrados entre quienes propugnaban la subsistencia de la Provincia única, con capitalidad en Santa Cruz de Tenerife, y los partidarios de la división provincial, hecho que quedó diferido hasta 1927.

Ese fue el contexto determinante para que en la intervención de Unamuno como mantenedor de los Juegos Florales tocara también esta vertiente de orden político, dando la cara, no escondiéndose, fustigando conciencias, como era su costumbre.

Volvió a manifestarse sobre el tema también en el discurso que pronunció, a su propia iniciativa, para disipar dudas, en el Teatro Pérez Galdós el 5 de julio y al día siguiente, como invitado por el Partido Radical en un acto celebrado en el Circo Cuyás, teniendo como oradores también a Rafael Guerra del Río y José Franchy Roca.

En su primera intervención encara el tema local, diciendo: «Desde que llegué aquí, desde que hice otra escala en mi viaje (antes de llegar a Las Palmas desembarcó en Santa Cruz de Tenerife y visito La Laguna) estoy oyendo hablar del problema local. Perdonad a un forastero un poco rudo os diga que yo no he visto hasta ahora en ese problema sino querellas domésticas, luchas por distinciones, algo de vanidad colectiva, escapes del aplatanamiento y rencillas kabileñas. No dudo de la justicia de una porción de reclamaciones; pero muchas veces, en vez de acusar a la lentitud burocrática, no estaría de más mirar si no es peor la lentitud del propio espíritu. He oído quejarse que hay hijos ilustres de esta tierra que se van y no vuelven. Lo comprendo, porque cuando voy a la mía me apena ver las rencillas domésticas a que viven entregados». ...»No reduzcáis vuestros ideales a la pequeñez de estas islas; henchidlos con la grandeza del mar, que es el que debe brisar vuestros ensueños». «Ahora, cuando en España se han planteado los problemas más hondos del espíritu..., causa verdadera tristeza ver que la gente se distrae en cosas locales».

Sebastián de la Nuez, en su obra «Unamuno en Canarias» se hace eco de la reacción de los comentaristas de la prensa local respecto al tratamiento efectuado por Unamuno de referido problema local, que ha causado lógico escozor. De entre las críticas recibidas, una de las más ponderadas y juiciosas fue la del entonces joven abogado y político federal José Franchy Roca al reconocer que: «No pasa Unamuno por ninguna parte que no deje una amplia estela de controversias. Provocará en unos, su palabra, el asentimiento y en otros el enojo. Pero siempre, a la vez que se hace admirar, se hace discutir. Y quizá es eso lo único que concretamente se propone cuando habla o escribe: estimular la actividad cerebral de las gentes.». Pero sobre la cuestión controvertida también señaló que «Ciertamente no son exactas las apreciaciones de

Unamuno. En el fondo del problema provincial hay algo más que esas minucias y esos accidentes que él ha visto; hay la necesidad real de una reorganización administrativa del Archipiélago, adecuada a las condiciones de una región constituida por siete islas, que no pueden regirse bien del mismo modo que una provincia de la Península».

El segundo discurso de Unamuno, pronunciado el 5 de julio, en el mismo Teatro Pérez Galdós, llamado «Sobre la Patria», fue una auténtica lección magistral. Merece la pena acercarse a conocerlo, lo recomiendo, porque mantiene aún vigencia en lo sustancial pese a los cien años transcurridos, aunque no es momento de profundizar en el contenido de las ideas fuerza que transmite. Basta reseñar ahora la síntesis de su línea de pensamiento, en cuanto a la cuestión local que le movió por su iniciativa a intervenir en esta ocasión.

En un tono más medido aclara, no obstante, de entrada que después de la repercusión de su discurso anterior, aunque está acostumbrado a hablar con la misma franqueza con que ha hablado a todos los pueblos, incluso al en que ha nacido, sin temor a las consecuencias, él no ha venido a imponer su criterio, ni a enseñar, sino aprender. Reconoce que se tiene por político y orador, aunque no como generalmente se entienden estas cosas ya que no viene a buscar nada, sino a comunicarse y a hablar de lo que constituye su mayor preocupación, del problema español y también del problema canario.

Después de hablar de la España ideal, de su Historia, del Estado, se encara con el tema local interrogándose:

¿Y nuestro problema?. Dice: «Vamos, pues, aquí, en paz y compañía, con una gran tranquilidad, a hablar de eso que llamáis vuestro problema. Y lo primero que se me ocurre preguntar, naturalmente, es si tenéis un problema; si hay un problema canario. ¡ Sí ¡ Lo hay. Cada pueblo tiene un problema, pendiente de los proble-

mas de los otros, como un eslabón de la cadena del gran problema eterno».

Continúa: «Sí; por lo que he oído, por lo que me han dicho, por lo que me han dejado de decir y por lo que yo mismo he adivinado, se que existe entre vosotros un problema. Hablemos, pues de vuestro problema.

¿Es vuestro problema el de la división?. Creo que no. Si me equivoco que me perdonen. Sospecho que eso no resolvería nada. La división multiplica las oficinas, aumentaría los gastos y nada resolvería en el fondo; además, naturalmente, inmediatamente se entrarían en una situación análoga Vigo respecto de Pontevedra, Gijón respecto de Oviedo, Jerez con Cádiz, Cartagena respecto de Murcia. Habláis de distancias...» . Se refiere luego a la situación que tiene muchas cabezas de distrito en la Península, alejadas de las capitales de provincia. «Eso de la rapidez tampoco es cosa material....; en el mismo Madrid se eternizan y alargan los asuntos cuando se quieren eternizar y alargar.

Y ahora, permitidme que os lo diga, no quisiera ofender a nadie, pero ¿no habrá en todo esto un poco de vanidad colectiva?, ¿no habrá algo de eso que se expresa diciendo ‘no por el huevo, sino por el fuero ‘..... No; no creo que la división resolviera el caso. Y sin embargo, hay un problema canario.

¿Está la solución en la autonomía?. Temo también que no. Yo no soy autonomista. Tengo la creencia de que con la autonomía, lejos de desaparecer, se empeoraron los cacicatos todos. El mejor cacique es el que está más lejos....».

«Vosotros tenéis un problema mucho más grave que ese que denomináis vuestro problema. Y, sin que esto quiera decir que no me parezcan muy puestas en razón una gran parte de vuestras demandas, no creo que ése se resuelva con la división ni con la autonomía».

«Pero ¿cuál es ese problema ?. No sé si yo me equivocaré —dice—. Y encara con su diagnóstico abiertamente: «El aislamiento». «Vivís aislados; y lo que hace vuestra fuerza, hace vuestra debilidad. Vuestra fuerza es la posición geográfica que tenéis. Por aquí pasan buques de todas las naciones de la tierra, pero también pasan por encima las nubes; ¿de qué sirven si no descargan ? «.

Entiende que estamos en un lugar de paso, con un horizonte cerrado, donde el mar estrecha y aísla, observando que existe escasísima repercusión sobre los grandes problemas nacionales e internacionales. Si no os interesáis vosotros en los problemas de España, de Europa, del mundo, en las grandes cuestiones humanas ¿cómo queréis que se interesen por los vuestros?. Enumera lo que considera en ese momento los grandes problemas de todos, sobre los que hay que ocuparse, el económico-social en primer término, casi un calco del que hoy padecemos a gran escala, el cultural y hasta el religioso.

Ante estos problemas, se pregunta, ¿qué importan la división y la autonomía?.

Pero el aislamiento no lo considera limitado a Canarias. Ha sido el problema secular de España, que hoy —dice— despierta a las ciudades, como Madrid, Barcelona, Bilbao, Valencia. Aquí tenéis una Ciudad que es la vez un Puerto, que está en la más penosa de las crisis, en la crisis del crecimiento.

Si os sentís enjaulados buscad alas que los barrotes caerán como por encanto. Tenéis que hacer ciudad, civilizar el campo que os rodea. Vuestra riqueza es la Ciudad. Haced, pues, ciudad, con división o sin ella; con autonomía o sin autonomía. Es una llamada contundente y clara a la mejora en todos sus aspectos del entorno donde el ciudadano desarrolla su ciclo vital, donde desenvuelve sus actividades y ejerce sus inquietudes de todo orden.

Y tenéis que hacer la conciencia canaria, ¿cómo?, agitando, despertando a la juventud. Plantear un problema es empezar a realizarlo. Y, ante el reproche que pueda formularse de que nada en concreto ha dicho, ni que haya aportado soluciones, remarca que él no vende específicos, pero que ha venido a alborotar el cotarro y si con lo que ha dicho quedara al menos una leve estela de discusión, de agitación, queda satisfecho, porque –señala– no tenía la pretensión de venir, siendo un extraño, a dar soluciones de problemas locales, que vosotros conocéis mejor que yo y que no me toca a mí resolver.

En el último discurso de Unamuno en Las Palmas, en el Circo Cuyás, pronunciado después de la fogosa intervención de Rafael Guerra del Río, que arremetió contra el caciquismo y la política de León y Castillo, ya estuvo más templado y hasta conciliador, centrándose en la línea que invariablemente ya venía sosteniendo sobre la prevalencia de la unidad de España frente a las tendencias políticas separatistas, a los localismos, cantonalismos y cabildismos, debilitadores del principio de unidad nacional.



La reina de los Juegos Florales 1910 y su corte.

EL TEATRO PÉREZ GALDÓS, UNAMUNO Y LOS JUEGOS FLORALES DE 1910

Juan José Laforet.

Cronista Oficial
de Las Palmas de Gran Canaria.

Han transcurrido 119 años desde que, el 18 de septiembre de 1888, el tenor Stagno, junto a otros cantantes de su afamada compañía de ópera, llenaran por vez primera de música la escena del «Pérez Galdós», en aquel momento aún bautizado «Tirso de Molina» por ser el nombre que venía en el proyecto encargado al arquitecto oriundo de Albacete Francisco Jareño y Alarcón; 117 desde que, diciembre de 1890, se inaugurara oficialmente y arrancara con «La Traviata» la primera temporada de ópera celebrada en este coliseo; 106 desde que, en 1901, fuera rebautizado con su nombre actual y más conocido, «Teatro Pérez Galdós», con motivo del enorme éxito que tuvo aquí el estreno de su obra «Electra», que en aquellos primeros años del siglo XX obtenía los más sonoros aplausos en todos los teatros donde se presentaba; 89 años desde que, en la madrugada del sábado 29 de junio de 1918, una espesa columna de humo inquietara a la población, que pronto veía como el teatro, su queridísimo «Teatro Pérez Galdós» se perdía en el seno de una monumental pira de fuego; y 79 años han transcurrido desde que, en mayo de 1928, los geniales hermanos Martín

Fernández de la Torre, Miguel arquitecto y Néstor pintor encargado de su decoración, lo entregaran al Ayuntamiento para que pudiera ser inaugurado de nuevo, en un estado y con un acabado que recabó la admiración de todos, tanto por el patrimonio material excepcional que la ciudad recibía, como por el patrimonio intangible, pero patrimonio al fin y al cabo, que también constituía la notable calidad acústica que el arquitecto grancanario había logrado en la sala, lo que hizo que, sin la más mínima duda, la prestigiosa cantante María Gar, que había venido para intervenir en la temporada de ópera inaugural y era entrevistada en el periódico *La Provincia* por el escritor José Rial, destacara que le gustaba mucho «por su originalidad», pues se trataba de un teatro que «no aparta ni subyuga, ni espanta con su grandeza», y añadía: «Se siente una en él también acogida...».

Muchos años han pasado y muchas cosas han acaecido, mucho ha cambiado la ciudad y muy distinto es el ambiente y el devenir cotidiano de sus gentes entre aquellas fechas señeras en la historia del teatro y estos días en que conmemoramos el centenario de la visita del célebre Rector de Salamanca y catedrático D. Miguel de Unamuno para participar, principalmente, como mantenedor en unos Juegos Florales, celebrados en este teatro en julio de 1910. Mucho ha discurrido desde su primera apertura y su nueva inauguración el sábado 14 de abril de 2007, tras unas largas y profundas obras de restauración y reforma, y, sin embargo, hay algo que no ha cambiado, que se ha mantenido incólume generación tras generación de grancanarios, que ha pasado de padres a hijos como una historia o una tradición familiar más, que pervive en lo más sagrado de los sentimientos de una inmensa mayoría de la población, el amor y el apego de todos por el que consideran no sólo un patrimonio común, un bello monumento, sino una página

de su historia social y personal, el lugar donde muchos de sus progenitores y ellos mismos vivieron y disfrutaron de horas entrañables, que luego se contaron una y otra vez en las reuniones familiares y crearon un cierto mito propio e isleño, el coliseo donde encontraron un punto de referencias en las horas más solemnes de la historia de su isla en muchas ocasiones del siglo largo de historia de este coliseo. En fin, un teatro que es también un símbolo ineludible en la historia y de la cultura de esta capital y diría que de toda la isla.

Sería en el marco de este teatro, verdadero símbolo del progreso de la ciudad, y con ella de sus vecinos, de sus instituciones, sociedades y empresas, en los años de tránsito del siglo XIX al XX, donde tendrían lugar los brillantes Juegos Florales organizados por la Sociedad «El Recreo», elocuentemente establecida en la nueva zona urbana de el Puerto de la Luz -que el propio Unamuno ya entonces tildó de «puerto magnífico»-, presidida por Salvador S. Pérez Miranda, vinculado también al periódico *Diario de Las Palmas* por su hermano Alfredo que era su fundador y director, y a la que ya pertenecía el poeta Saulo Torón, y celebrados, como refería la prensa del momento en una sala que «*presentaba un magnífico aspecto*», y en la que «*obtuvo la flor natural el poeta canario Tomás Morales. Su poesía - «La Campana a Vuelo»(1909)-, como las de los Sres. D. Rafael Romero y Quesada (Alonso Quesada) -que presentó el poema «El zagal de la gallardía»- y D. Francisco Jiménez, también laureados, fueron leídas entre grandes aplausos*». Sin embargo, las palabras de Unamuno -que tenía en la isla un gran valedor en su amigo el escritor Domingo Doreste Fray Lesco y abogado formado en Salamanca-, escuchadas en silencio y sin la menor protesta, como recuerda el Cronista Oficial de Las Palmas de Gran Canaria Carlos Navarro Ruiz, fueron luego comentadísimas y muy

combatidas en los periódicos locales y en todas partes, al haberse opuesto, en la parte mas política de su discurso, a una posible división de las islas en dos provincias, como se reclamaba en aquellos días de forma insistente y ostentosa en Gran Canaria.

El escenario del Teatro Pérez Galdós lucía solemne, bellísimamente decorado, coronado con la presencia de la «Reina de los Juegos Florales», distinción que recayó en la señorita Encarnación Millares y Carló, que estaba acompañada de su «Corte de Amor», integrada por otras ocho jóvenes señoritas y dos niñas, todas escoltadas por dos maceros que lucían el escudo de la ciudad a modo de dalmática y vistosos sombreros con penachos de plumas. Ante ella recitarían sus versos los poetas galardonados, poetas hoy ineludibles en el firmamento del parnaso isleño y en las páginas de la literatura española en general, como pueden ser los casos de Tomás Morales ó de Alonso Quesada; ante los ojos tristes de la Reina de los Juegos Florales, por ser consciente de lo que suponían las palabras del Rector de Salamanca en el seno de la sociedad insular, expondría sus palabras Miguel de Unamuno como mantenedor de estos juegos. Sin embargo, su actitud no era gratuita ni espontánea, pues como ha señalado el profesor y cronista José Antonio Luján «Estos certámenes poéticos constituyen para Unamuno una oportunidad mas para dirigirse al público, y lo hace con un esquema que en gran medida repite en los diversos lugares a los que acude: el rechazo al frívolo formato de los propios juegos; defensa de la palabra y la poesía; reflexión sobre el entorno social; apuntes sobre su concepto de patria; reflexión general sobre la cultura; consejo a los jóvenes y reflexión sobre la figura y el papel de la mujer en la sociedad»; en fin un conjunto de valoraciones que, pese al estruendo y la controversia que puntualmente podían causar,

elevaron el tono y la trascendencia de aquellos encuentros, como el caso de los Juegos Florales en Las Palmas de Gran Canaria.

Es por ello que, ante este Teatro Pérez Galdós, testigo directo y elocuentísimo de lo que aconteció en su interior aquella noche del 25 de junio de 1910, podemos definir que aquellos Juegos Florales, con Unamuno como mantenedor y Tomás Morales y Alonso Quesada entre los poetas galardonados, con la presencia del todo Las Palmas en sus butacas y palcos, como un verdadero momento señero en la historia cultural de Gran Canaria, al que se suma la presencia en la isla de un personaje como Unamuno que llamaba *«la atención dada su idiosincrasia especial, unida a su gran talento»*, como subrayó el cronista Navarro Ruiz.



El Teatro Pérez Galdós en sus primeros años, tal como lo conociera Miguel de Unamuno.

PASEO NOCTURNO POR LA VIEJA CIUDAD



La plaza de San Bernardo que conoció Unamuno en 1910.



El Circo Cuyás en la calle Viera y Clavijo donde Miguel de Unamuno intervino en un mitin político durante su visita.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	3
<i>Jerónimo Saavedra Acevedo.</i> <i>Alcalde de Las Palmas de Gran Canaria.</i>	
PROPÓSITO	7
<i>Manuel Campos Gómez.</i> <i>Presidente de la</i> <i>Fundación Universitaria de Las Palmas</i>	
LOS CÍRCULO DE LA GLORIA.	9
<i>De la tertulia de los hermanos Millares y otros cenáculos</i> <i>Agustín Millares Cantero.</i>	
LA CIUDAD DE LAS PALMAS DE	23
GRAN CANARIA QUE ACOGIÓ A D. MIGUEL DE UNAMUNO EN 1910 Y 1924 <i>Cristóbal García del Rosario.</i> <i>Catedrático de Historia.</i> <i>Presidente de la Escuela Luján Pérez</i>	

GALDÓS UNAMUNO. NOTAS PARA	31
UN PASEO NOCTURNO ANTE SU CASA MUSEO. <i>Yolanda Arencibia.</i> <i>Catedrática Emérita.</i> <i>Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.</i>	
UNAMUNO: ALGUNAS CIRCUNSTANCIAS	37
DEL PRIMER VIAJE A CANARIAS (1910) <i>José Antonio Luján Henríquez.</i> <i>Cronista Oficial de Artenara.</i> <i>Coordinador del proyecto Unamuno en Canarias. 100 Años de Historia.</i>	
UNAMUNO EN CANARIAS.	45
100 AÑOS DE HISTORIA. UNAMUNO EN LA POLÍTICA DE SU TIEMPO. <i>Francisco Reyes Reyes.</i> <i>Presidente de la Sección 2ª del</i> <i>Consejo Consultivo de Canarias.</i>	
EL TEATRO PÉREZ GALDÓS, UNAMUNO Y	55
LOS JUEGOS FLORALES DE 1910 <i>Juan José Laforet.</i> <i>Cronista Oficial</i> <i>de Las Palmas de Gran Canaria.</i>	

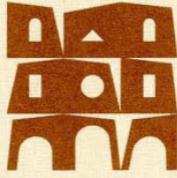


El poeta grancanario Tomás Morales obtuvo el primer premio y flor natural en los Juegos Florales de 1910.



Actores en el Teatro Mínimo de los hermanos Millares que conoció Unamuno, entonces ubicado en la actual calle Luis Millares.

Este libro se terminó de imprimir el día 8 de octubre de 2010, para el «Paseo Nocturno por la Vieja Ciudad», en edición extraordinaria con motivo del XXXVI Congreso de la RAECO y el Centenario de la visita de Miguel de Unamuno a Las Palmas de Gran Canaria, con el patrocinio de la Fundación Universitaria de Las Palmas.



LAS PALMAS 2016
DE GRAN CANARIA
ASPIRANTE A CAPITAL EUROPEA DE LA CULTURA

